



Florencia Bonelli

CUENTOS PARA FELIPE

Ilustraciones de
Rodrigo Folgueira

Planeta
Junior

Florencia Bonelli

CUENTOS PARA FELIPE

Ilustraciones de
Rodrigo Folgueira

Planeta
Junior

El susodicho



Nadie en ese pueblo irlandés quería nombrarlo ni mirarlo. Al duende Alroy le tenían miedo porque aseguraban que, cuando él aparecía, las cosas empezaban a salir mal. Si había sol, el cielo se llenaba de nubes y se largaba a llover; si estaban ordeñando una cabra, la leche se agriaba; si montaban a caballo, al animal se le salía una herradura; si los perros iban de caza, perdían el olfato.

Alroy deseaba ser amigo de los pueblerinos, pero estos, al verlo, huían y jamás lo nombraban. Si querían hablar de él, lo llamaban “el susodicho” porque creían que incluso pronunciar su nombre bastaba para atraer la mala suerte. Por eso se mantenía alejado de la gente, no quería causarles disgustos.

El duende vivía, triste, en el bosque, dentro del tronco de un árbol gigante. Sus amigos eran los animales: ellos no le temían; por el contrario, lo admiraban y lo querían.







Es que Alroy era generoso y, con unos trucos de magia, hacía brotar de sus pequeñas manos verdes delicias que regalaba sin pedir nada a cambio: bellotas para las ardillas, semillas de girasol para las aves, hojas tiernas para los ciervos, miel para los osos, frutillas para los jabalíes, queso para los ratones, pastos dulces para las cabras.

Si bien los animales le daban alegría, Alroy quería ganarse la amistad de los pueblerinos. Le gustaban esas personas risueñas y simpáticas, que cantaban mientras sembraban los campos y se reunían de noche en torno al fogón para contar historias de otros tiempos. Él quería sentarse junto a ellos, tomar té y comer galletas de avena. Pero no podía.





Un día, decidido a probar suerte de nuevo, se armó de coraje y marchó hacia el pueblo. Llevaba una canasta colmada de flores para regalar a las muchachas y una bolsa con exquisitas castañas para repartir entre los muchachos. Bajó por el camino, silbando y saltando; estaba seguro de que en esa ocasión lo recibirían con una sonrisa, lo invitarían a sus casas y lo llamarían por su nombre. Sin embargo, al llegar a las puertas del pueblo, una mujer lo descubrió y gritó:

—¡El susodicho! ¡El susodicho! ¡Ahí viene el susodicho!

Alroy siguió caminando por la calle y vio cómo las puertas y ventanas se cerraban a su paso. Las madres obligaban a los niños a abandonar sus juegos y a entrar deprisa, los negocios bajaban las persianas y los bares y restaurantes colgaban el cartel de “Cerrado”. Con la cabeza baja y muy triste, Alroy dejó la canasta de flores y la bolsa con castañas en la entrada del pueblo y volvió al bosque. Se sentó a la orilla de un arroyo y observó su cara reflejada en las aguas cristalinas.





